

LA SENSIBILIDAD



En los ya por fortuna lejanos años sesenta, a los niños españoles se nos enseñaba que la sensibilidad era cosa de chicas; un defecto horrible que nos conduciría hacia la falta de esa testosterona, con la que la gente de los cuarteles que nos gobernaban entonces, entendían que había que enfocar la vida. Todo era machismo, desconsideración hacia los aspectos sensibles de la vida, y desprecio al sentimiento. Lo grave es que, una parte muy significativa de aquellas generaciones apenas han cambiado; los daños de la infancia suelen ser irreversibles.

Los abusos cometidos contra las mujeres, que por fin han salido a la luz, no son más que una consecuencia de aquella crueldad en la que nos educaban; a algunos les sigue gustando que sus hijos reciban esa educación retrógrada para no tener que mejorar ellos. La enorme distancia existente entre padres e hijos fue otra de esas manifestaciones impuestas de nuestro pasado, que afectaban también al crecimiento sensible. Años en los que había que guardar las lágrimas como un bálsamo interior, y donde sólo estaba permitido llorar, amar, sentir o admirar en silencio. Gran parte de los males que siguen afectando a nuestro presente son el resultado de esa castración afectiva y sentimental a la que nos sometieron.

La sensibilidad es una extraordinaria virtud que algunas personas poseen a base de abrir la mente y el espíritu, y que otorga un plano de gozo muy superior a todo lo que se emprende. Se puede aprender a disfrutarla a cualquier edad. Se es sensible cuando uno se atreve a demostrar sus sentimientos sin pudor. Cuando podemos decir te quiero porque en realidad es lo que sentimos. O me pongo triste cuando veo imágenes de África. O al pueblo de Irak masacrado por los intereses económicos y el fundamentalismo norteamericano. No debemos guardar los sentimientos tras la determinación de no correr riesgos; vivir es el mayor de todos ellos.

La sensibilidad nos hace vivir la vida más a flor de piel. De forma más intensa y atrevida, pues los actos que emprendemos los vamos sintiendo en esa piel del alma que yo llamo sensibilidad, y acrecentamos su placer hasta cotas que no pueden imaginar quienes se empeñan en pasar la vida bajo los exclusivos parámetros del materialismo. A través de la sensibilidad la música se hace más intensa, y los libros se traspasan, y nos podemos acomodar entre las páginas como verdaderos partícipes de la historia que vivimos. A veces, la sensibilidad nos produce dolor cuando vemos imágenes

tristes, pero también en esos momentos se acrecienta la condición humana del que siente, y nos eleva sobre la rutina, la banalidad y el conformismo de que todo debe ser tal como es.

Es imposible amar plenamente sin sensibilidad, pues ella nos conduce entre las dificultades de cada día, los sinsabores y las maravillosas pasiones. Amamos porque sentimos. Y sentimos porque tenemos sensibilidad. Ser sensible no es ningún defecto, lo es carecer de sensibilidad.